

Sara Verona Rodríguez
Colegio Norte (Las Palmas de Gran Canaria)
CANARIAS



Sonó el despertador, eran las 8:40 de un sábado corriente, bueno, a lo mejor no tanto. Yo estaba de camino a casa de mi abuela, la verdad es que no me apetecía mucho ir, mi abuela es una persona muy reservada y mi padre dice que tiene algo llamado demencia, creo.

Siempre que iba a su casa miraba el chirriante reloj de la cocina, esperando la llegada de mis padres, no me gustaba estar con ella.

Ya habíamos llegado, la pequeña casa de madera alejada de todo, ni Wi-Fi tenía. Ahí estaba la abuela con su camisón violeta y sus pequeñas gafas redondas, me acerqué y le di un fuerte abrazo, mis padres simplemente se despidieron con la mano y pisaron el acelerador, parecía que ellos tampoco querían pasar tiempo con la abuela.

Me senté en la cocina y miré el reloj, estuve unos 20 minutos, en ese tiempo ya la abuela me había preguntado si quería comer, pasear o ver la tele, a lo que yo respondía con un severo “no”. Seguí mirando el reloj y me di cuenta de que algo extraño había en él, la manilla más grande tenía un círculo, me levanté, abrí la pequeña puerta de cristal y vi que tenía pegada una llave. ¿Mi abuela tendría una doble vida? me preguntaba, pero en ese momento noté una fría mano sobre mis hombros, me giré y pedí disculpas, no sabía si le había molestado que encontrara la llave.

Ella solo me miró y me dijo: “Eres casi tan curiosa como yo a tu edad”. Cogió mi mano, en la que tenía la llave y me la cerró suavemente, agarró la otra y me condujo hasta el patio trasero, al lado del cobertizo. Era increíble pensar que yo estaba todos los sábados en esa pequeña casa y nunca me había dado cuenta de todo lo que tenía a su alrededor.

Seguimos caminando, mi abuela miraba los árboles, algunos tenían una marca. Finalmente llegamos a lo que parecía un gran tronco, en mitad de la nada. Mi abuela cogió la llave que yo sostenía de forma temblorosa. No sé cómo, pero abrió lo que yo pensaba que era un tronco y nos adentramos en él.

Estaba todo muy oscuro. Solo reconocí las escaleras de caracol por las que bajamos y, cómo no, la silueta de mi abuela. Ya habíamos terminado de bajar y mi abuela me dijo: — Bienvenida a nuestro gran secreto...-con una gran sonrisa.

Las luces comenzaron a encenderse y yo sentí un mariposeo en la barriga, como cuando te enamoras. Ese sitio era enorme, estaba lleno de estanterías, cajas, papeles, fotografías...Mi abuela me miró y me hizo un gesto que a mi entender significaba “corre y diviértete” y eso hice.

En ese lugar había de todo, encontré periódicos de 1935, fotografías de mi abuela de joven y una caja llena de películas antiguas, pero lo que más me impresionó fue un libro, un pequeño cuaderno que estaba en una esquina, sobre él había algo brillante, era un objeto raro pero hermoso, definitivamente, era una brújula.

Creo que mi abuela se dio cuenta de que había encontrado algo interesante, ya que se acercó a mí enseguida y miró sonriente lo que sostenía. Te la regalo, me dijo y yo le correspondí con un abrazo.

Ese sitio era maravilloso y no entendía por qué no había estado allí antes. Le hice preguntas sobre mi padre (su hijo), sobre su difunto marido, al que ella recordaba con gusto y sobre su vida de joven. Seguí indagando, noté que habíamos conectado y quería buscar cosas en común. Al final mi abuela no era tan cerrada, estaba feliz de estar allí hasta que escuché una fuerte bocina, sabía que era mi padre. Mi abuela y yo nos apresuramos, me ayudó a cargar las fotografías, mientras yo metía el libro y la brújula en mi mochila.

Mi padre tocó la pita más fuerte y nosotras salimos a tiempo del jardín (ya que él no podía sospechar nada), me despedí de la abuela como nunca y ella me repitió, “será nuestro secreto”. Esas palabras me hacían sentir importante.

En mi casa no tenía con quién hablar. Mis padres son abogados y están constantemente trabajando. Tenía tiempo de sobra para leerme su diario o lo que fuera eso y lo hice, creo que incluso mojé el papel con mis lágrimas. No sabía que nadie en mucho tiempo le había felicitado por el día de la madre, tampoco sabía que mi abuelo la quería tanto como para donarle su corazón y acabar falleciendo él, ni siquiera que era una amante de los animales. Casi no la conocía pero me hubiera encantado.

En ese momento mi padre me dijo que la abuela estaba ingresada. Lo dijo como si no importara, como si no fuera su madre y no sintiera nada, en el acto cerró la puerta y volvió a hablar con su jefe. En ese momento estaba muy enfadada con mi padre, mi madre y mi familia, solo estaba enferma y ya estaban hablando de la herencia.

Tiré la brújula contra una foto del colegio, el marco se rompió y eso no importaba, pero la brújula se partió en dos, llorando de la impotencia, me acerqué a ella y vi un papel en el que ponía: “Sandra, puede que esto lo leas un poco tarde, pero solo quiero que sepas que te quiero. Tu abuela”.

En ese momento cogí la bici, seguía llorando calle abajo hasta llegar al hospital, subí a la planta tres, sala G, estaba allí con los ojos cerrados y muchos cables y aparatos a su alrededor, me acerqué a ella, le agarré la mano y le dije:

—Abuela, puede que no me oigas, pero yo también te quiero...

Una lágrima salió de ella y un pitido sonó, no sabía de dónde provenía. Solo sabía que no era nada bueno. Entraron dos enfermeras y una de ellas me sacó de allí.

Meses más tarde volví a su casa, me senté en su sillón y puse la televisión, pero no presté atención, solo pensaba...quizás no hice todo lo que podría haber hecho con ella, pero sí le dije todo lo que le tenía que decir, no supe aprovechar el tiempo con ella y me arrepiento, pero si cierro los ojos puedo verla, contándome otro de nuestros secretos.